

ron la frente de su soberano; el rostro del czar estaba cubierto con un velo.

No falta quien ha creído que Alejandro, hacia el fin de su vida, abrazó el catolicismo. Su subida al trono le hizo perder el padre: su bajada estuvo á punto de derribar el imperio. Despues de tanto estrépito y de tanta gloria, no quedaron mas restos suyos que su féretro y el de su esposa, cofres sellados y silenciosos que atravesaron bosques al resplandor de las teas de pino, y acompañados de una horda de aquellos baskires que se acamparon en el patio del Louvre.

Así terminaron los asuntos entre Alejandro y Napoleón: uno y otro desaparecieron en el fondo de un desierto; pero Napoleón habia levantado su vuelo: á manera del águila se habia remontado á la cima de una roca donde permaneció al sol hasta su partida, y donde pudo ser visto de toda la tierra.

La emperatriz, madre, habiendo concebido algunas esperanzas por la primera carta que recibió de Taganrog, mandó cantar un *Te Deum* en las iglesias de la capital; el pueblo asistió á esa solemnidad religiosa, y unió á ella sus oraciones, porque en realidad Alejandro era adorado. Aun no se habia concluido el *Te Deum*, cuando un segundo correo trajo al gran duque Nicolás, la noticia del fallecimiento. Nicolás, que salió del templo para recibir el correo, volvió á entrar con el rostro tan inmutado, que no pudo menos de llamar la atención de todo el mundo. No atreviéndose á hablar, no hizo mas que decir una palabra al metropolitano y este avanzó hacia la emperatriz madre, llevando en la mano una cruz cubierta con un velo negro. La madre comprendió su desgracia, y cayó desmayada precisamente cuando el coro estaba entonando el versículo *In te, Domine, speravi*....

Por muy elevadas que hubiesen sido las cualidades del czar, en último resultado puede decirse que fue funesto al imperio, porque lo puso en demasiado contacto con la Europa occidental y sembró en él gérmenes de civilización que luego quiso sofocar. Las poblaciones al verse, por decirlo así, acosadas en sentido contrario, no comprendieron lo que se exigía de ellas, ni en qué sentido podían obrar mas oportunamente; no supieron si se daba ensanche al pensamiento, ó si se le ponían trabas; si se les pedía una obediencia pasiva ó una obediencia legal, ni si debían progresar ó permanecer en la inmovilidad. Alejandro, como buen tártaro, queria retener al pueblo por medio de la barbarie; Alejandro, como príncipe ilustrado, hubiera hecho mayores beneficios á su pueblo conduciéndolos gradualmente al terreno de la civilización. Podía decirse que fue demasiado fuerte para emplear el despotismo, y demasiado débil para establecer la libertad. Sus vacilaciones no crearon la libertad nacional, pero dieron lugar á una independencia individual, que á su vez en lugar de libertadores produjo asesinos.

## XXXII.

Cambio de disposiciones.—Anúdase la narracion.—Alejandro: conversacion con él.

Apenas tenemos valor de representar hablando con nosotros, al que acabamos de dejar sumido en eterno silencio en el panteon de los czares. ¿Qué le importan ya los congresos, ni los reinos de este mundo? Todo lo absorbe la inmensidad de la tumba. La muerte y la vida son dos cosas de tan opuesto orden, que despues de haber hablado de la primera, parecen puerilidades de la niñez todo lo que pueda decirse por lo tocante á la segunda.

Habiendo M. de Montmorency partido, nuestro papel, muy limitado en su presencia aumentó de importancia: conservamos, sin embargo, grato recuerdo de aquellas horas, porque nos proporcionaron la benevolencia mas ilustrada de nuestra carrera política, benevolencia que nunca se ha desmentido.

Habian inspirado prevenciones al emperador de Rusia contra nuestra persona: habianle dicho que si nos daba oído ejerceríamos sobre su ánimo una seducción á que le seria difícil desistir. Fuimosle presentados en París, y como él era liberal, no le conveníamos mas que bajo el punto de vista religioso. Cuando volvimos á verlo en Verona, el czar se habia hecho *ultra*, y como nosotros seguíamos permaneciendo en nuestra clasificación de *liberal*, ocurrió la misma dificultad, aunque en opuesto sentido. En el Congreso nos trató con atención; pero de un modo reservado. Acostumbráramos verlo con frecuencia en sus paseos; teníamos bastante mundo para darnos por entendidos de que lo conocíamos, pero esperábamos que al pasar nos hubiese hecho alguna indicacion, ó nos hubiese dicho alguna palabra. Una vez se acercó á nuestro lado, y remontando juntos la orilla del Adige, habló de San Petersburgo, sin duda para evitar toda conversacion política. Aunque M. de Montmorency no se nos mostró favorable, obró, sin embargo, respecto de nosotros (ya lo hemos dicho anteriormente), segun el impulso de su sangre y de su virtud; al despedirse del emperador, le invitó á que no se asustara tanto de nuestra persona. La condesa Tolstoy, que Alejandro solia ver con frecuencia, nos facilitó algunas entrevistas con él que no produjeron resultado alguno; el emperador era algo sordo; nosotros no teníamos la costumbre de hablar en tono alto, y nuestra indiferencia hacia los príncipes es tan grande, que ni siquiera habíamos dudado de la frialdad con que nos recibiría aquel hombre, cuya mirada andaba todo el mundo mendigando.

Cuando M. de Montmorency se marchó, Alejandro nos envió á llamar: no hacia un cuarto de hora que estábamos cara á cara, cuando ya nos agradábamos. No se diga que nos asociamos demasiado familiarmente á aquel poderoso de la tierra, porque la familiaridad á que aludimos, es la del alma, y nadie ignora que las almas son iguales, y que esa igualdad en nada perjudica al respeto. El emperador manifestó admirarse, á la manera de una persona que nunca hubiera visto mas que nuestro retrato. Hallándonos preocupados de la guerra de España, y no viendo obstáculo que en ese particular pudiese inspirarnos temor, no siendo la envidia británica, nos esforzamos por captarnos un poco la voluntad de Alejandro, á fin de oponerle á las malignidades del gabinete de Londres.

En nuestras diversas conversaciones le hablábamos de todo, y él nos escuchaba olvidándose de quién era. Manifestámosle nuestra oposicion á los tratados de Viena; no creyó deberse explicar, pero nos contestó diciendo: «Mejor avenido os hallábais con el tratado de París.»

Nos atrevimos á presentarle el desmembramiento de la Polonia, consecuencia de una de las mayores cobardías de la antigua Francia, y añadimos que la iniquidad de ese desmembramiento pesaria eternamente sobre Rusia, Prusia y Austria, y que Alejandro acabaria de immortalizarse remediándolo. El czar tuvo la paciencia de escucharnos cuando dijimos que un pequeño país, muy mal gobernado, y para el cual habia vanamente confectionado un proyecto de constitucion, no debia ser considerado como un peligro para los Estados vecinos; que los polacos nunca perderian la tentacion de sublevarse, no por espíritu revolucionario, sino porque es condicion de la naturaleza humana, el que todo pueblo quiera conservar su nombre y reuse perder su independencia.

Tampoco nos olvidamos de nuestra querida Atenas, cuya causa hemos defendido largo tiempo en público y en la cámara de los Pares, y de la cual aun despues de muerto el czar nos atrevimos á hablar á Nicolás y á Constantino.

Ocurrían en Alejandro conflictos de naturaleza y de

posicion: habiendo nacido para marchar al frente del progreso de la sociedad, padecia al verse en la precision de rechazar á los griegos, correligionarios suyos, dándose por desentendido de unos pueblos que estaba obligado á proteger. Mas al amar la libertad, Alejandro creia que la Europa pedia su proteccion contra los principios disolventes, y era tanto mayor el recelo que esos principios le causaban, cuanto mas reciente estaba la explosion que acababan de hacer en Nápoles, en el Piemonte y en España, y cuanto que en su mismo ejército se manifestaban síntomas de la fiebre de Francia.

Por esa razon, despues de haber dado una constitucion á los polacos, suspendió el movimiento; despues de haber hecho otorgar una Carta á la Francia, vió con alguna ansiedad su desarrollo; despues de haber deseado la independencia de la Grecia, desaprobó la insurreccion del 1820, y no vió en ella mas que una órden emanada del comité revolucionario de París. En el congreso de Troppau, de Leyback y de Verona, se imaginó defender la civilizacion contra la anarquía, así como anteriormente la habia salvado de Napoleon.

Tratamos de la reunion de la Iglesia Griega con la Latina; Alejandro se inclinaba á ella, mas no se creia con fuerzas para intentarla; deseaba hacer un viaje á Roma, y se detenía en las fronteras de Italia; mas tímido que César no se atrevia á franquear el torrente sagrado por causa de las interpretaciones que no habrian dejado de hacerse por lo tocante á su viaje. El deseo de proceder con acierto en esta materia, daba lugar á un continuo combate en su ánimo; en medio de las ideas religiosas de que el autócrata se sentia dominado, no acertaba á discernir si obedecia á la secreta voluntad de Dios, ó si era victima de una suggestion infernal que lo convertia en renegado y en sacrilego.

## XXXIII.

M. de Metternich nos confía sus temores por lo tocante á la guerra de España.—Última conversacion con el emperador de Rusia.

Cuando se divulgó entre los del congreso el favor que cada vez íbamos mereciendo mas cerca del czar, no tardaron en cambiarse nuestras circunstancias personales; fuimos buscados con la misma solicitud con que anteriormente evitaban nuestro encuentro. M. de Metternich se nos mostró sobremedera complaciente, y en una conversacion no tuvo reparo en confiarnos el temor que le inspiraban la guerra de España, el ardor que Alejandro manifestaba en llevarla á cabo, y principalmente el proyecto de poner en movimiento su ejército, si alguna vez llegaba la Francia á necesitarlo para la realizacion de ese plan. A la manifestacion de semejantes temores, añadió deseos de que predicáramos la paz al poderoso vecino de Austria, y á esto le contestamos que como estábamos en la persuasion de que Francia no necesitaba de ningun auxiliar, nunca habíamos predicado la guerra; que no podíamos prescindir de tener nuestra opinion particular, y que como no éramos ministro, era de esperar que nadie consultara nuestro parecer. «Por lo demás, seguimos diciendo, M. de Villele se halla distante de acudir á las armas; sus últimas cartas nos revelan la pena que le causa el dirigir comunicaciones ostensibles á Madrid. Piensa que esos despachos pueden obligarle á tomar medios mas graves, tal vez hasta la de retirar antes de lo que hubiera querido, el embajador francés de aquella córte.»

Aseguramos á M. de Metternich que comunicáramos la opinion de M. de Villele á S. M. I. en la primera audiencia que se dignara concedernos. M. de Metternich nos dió las gracias y manifestó deseos de saber el resultado de aquella audiencia.

Pasamos en efecto al palacio Canossa, y referimos al emperador lo que habíamos hablado con M. de Metternich, y S. M. contestó:

«La Francia obrará como mejor le parezca. M. de Montmorency al tiempo de partir me ha preguntado qué partido tomaré en el caso de que estallando esa guerra entre Francia y España ocurrieran incidentes desagradables para la primera. Le he contestado que mi espada estaba siempre al servicio de Francia, y que á esta nacion incumbe el decidir si la necesita ó no; que no pretendo intervenir en nada de lo que la Francia haga: pero ¿qué pensais de esto señor vizconde de Chateaubriand?»

Contestamos, «Sire: nuestra opinion es que Francia debe tratar de remontarse por sí misma lo mas pronto posible al rango de donde la han hecho bajar los tratados de Viena. Cuando haya vuelto á adquirir su dignidad, podrá ser una aliada mas útil y mas honrosa para V. M.»

No sabemos si el emperador nos comprendió; pero se sonrió noblemente á la contestacion con que eludíamos su socorro y pediamos la guerra. Hizo una breve pausa, y luego, correspondiendo á su pensamiento, dijo: «Me alegro de que hayais venido á Verona á fin de que podais dar testimonio de la verdad. ¿Habráis creído que, como dicen nuestros enemigos, la alianza es una palabra que solo sirve para encubrir ambiciones? Así pudo ser tal vez en el antiguo órden de cosas, pero indudablemente no se trata hoy de algunos intereses particulares, cuando el mundo civilizado está en peligro.»

«Ya no hay política inglesa, francesa, rusa, prusiana, ni austriaca; no hay mas que una política general que por el bien de todos debe ser universalmente admitida por los pueblos y los reyes. Yo soy el primero que debo mostrarme convencido de los principios en que he fundado la alianza. Acaba de presentarse una ocasion y es el levantamiento de la Grecia. Nada al parecer puede ser mas conveniente á mis intereses ni á los de mis pueblos, en concepto de estos, que una guerra religiosa contra la Turquía; pero he creído notar el signo revolucionario en los disturbios del Peloponeso, y me he abstenido de obrar en aquel sentido.»

«¿Qué de diligencias no han hecho para romper la alianza? A un mismo tiempo han tratado de inspirarme recelos, y herir mi amor propio; me han ultrajado abiertamente. Muy mal me conocen si creen que mis principios defienden únicamente de vanidades que pueden ceder á resentimientos. No, nunca me separaré de los soberanos á quienes estoy unido. A los reyes debe ser lícito tener alianzas públicas para defenderse de las sociedades secretas. ¿Qué es lo que podria tentarme? ¿Qué necesidad tengo de aumentar mi imperio? No ha puesto la providencia á mis órdenes ochocientos mil soldados para satisfacer mi ambicion, sino para sostener la religion, la moral y la justicia, y para hacer reinan los principios de órden sobre que descansa la humana sociedad.»

No puede casi ya darse crédito á lo que un autor refiere: cada cual inventa ó borda los acontecimientos. Nosotros por lo menos tenemos el débil mérito de la probidad de escritor: el *Itinerario de París á Jerusalem* sirve hoy de guia á los viajeros: al cabo de treinta años todavia es posible reconocer por los nombres los personajes mas oscuros que hemos citado. El árabe Abougosh, de las montañas de Judea acaba de escribirnos por medio de un peregrino.

Igual exactitud tiene lo que hemos referido acerca de nuestras conversaciones con el emperador de Rusia. En nuestro discurso á la cámara de los Diputados el 1823, citamos parte de las palabras de Alejandro. ¿Las habíamos imaginado? no por cierto. Siempre nos ha sido imposible mezclar la novela con la verdad: citaremos una nueva prueba. El emperador de Rusia

nos escribió con motivo de las conversaciones de Viena, dándonos las gracias por nuestro discurso: lo único que con relación á aquellas palabras halló que corregir, ó mas bien que sostener respecto de lo dicho por nosotros fue, que si bien las habíamos expresado fielmente, debíamos haber añadido que eran *expresion de toda la alianza*. Perdónenos la augusta memoria de tan gran soberano: nuestra memoria las retuvo con mas exactitud.

Nos atreveremos á decir que Alejandro se hizo amigo nuestro, si es que los principes tienen afectos, y si es que puede haber amistad entre hombres separados por tan enormes distancias. Alejandro fue quien nos dió fuerza para vencer la mala voluntad del Austria, cuando sublevando Nápoles pensó producir una catástrofe en Madrid; él fue tambien quien contuvo á la Inglaterra. Mandó remitir á nuestra persona las cartas mas lisonjeras y manifestó que firmaría con los ojos cerrados cuanto sujetáramos á su aprobacion. Finalmente un correo nos trajo el cordon de San Andrés así que llegó á su noticia la libertad de Fernando.

Cuando ocurrió nuestra destitucion, habríamos podido retirarnos á Rusia donde nos esperaban los honores y la fortuna; pero nunca hemos buscado con solicitud, lo que poco nos importa; Alejandro es el único príncipe hácia el cual hemos sentido una sincera adhesion. ¿Y los demás soberanos? Es una necesidad de la educacion de los pueblos que aun no está concluida; necesidad á la cual nos sometemos con respeto y lealtad, cueste lo que cueste: ¿no es bastante?

XXXIV.

Conversacion con el príncipe de Metternich. — Billeto del archicanciller de Austria. — Carta de M. Montmorency. — Partimos de Verona.

Del palacio Canossa nos encaminamos á Casa Castellani. Dimos cuenta á M. de Metternich de nuestras buenas intenciones y de las palabras de Alejandro, suprimiendo, sin embargo, la parte relativa á la política general del mundo, que no importaba nada al archicanciller de Austria y que en su concepto nos hubiera hecho pasar por unos visionarios. Quedó ó pareció quedar contento de lo que habíamos dicho al czar por lo tocante á la repugnancia de M. de Villele á la expedicion militar. Sea que el príncipe no hubiese descubierto el fondo de nuestro pensamiento, sea que á su pesar se viese impelido á revelar el suyo, lo cierto es que nos volvió á demostrar su oposicion á la guerra, conjurándonos á que partiéramos con objeto de apoyar á M. de Villele y de combatir el ardor de M. de Montmorency. Replicamos que á luego de haber llegado á París, pasaríamos á Londres; pero que instruiríamos á M. de Villele de las ideas que en esta conversacion habíamos emitido; de manera que si los aliados lo deseaban, todavía tenían tiempo de enviar correos á Madrid para suspender la presentacion de las *cartas ostensibles*. En seguida nos retiramos añadiendo que habríamos deseado ofrecer nuestros últimos respetos á los piés de S. M. el emperador de Austria. No tardamos en recibir el siguiente billete:

Verona 12 de diciembre, de 1822.

«Acabo señor vizconde de presentar al emperador la expresion de vuestro pesar de marcharos sin haber

podido despediros de él. S. M. I. me ha mandado decir que cree muy interesante vuestro regreso á París para haber podido pensar en deteneros aqui.

«Mucho me alegraré de ver á V. E. antes de su partida, y lo deseo especialmente para darle conocimiento de mi despacho á M. de Vincent. No puedo, sin embargo, disponer de un solo momento en la mañana del dia próximo, que pasaré en Archemia cerca de los soberanos, y trabajando con el emperador mi amo. Si V. E. quisiese hacerme el honor de venir á comer á mi casa, pasaríamos de este modo el tiempo necesario para hablarnos. Si se decide á no permanecer en Verona hasta la noche, procuraré disponer del breve intervalo de hora y media ó dos horas.

Suplico á V. E. me dé sus órdenes y reciba la seguridad de mi distinguidísima consideracion.

METTERNICH.»

Accedimos al deseo del príncipe, fuimos á verle el 12 por la mañana, y en efecto nos dió conocimiento de un despacho que habia escrito al baron de Vincent, y que solo contenia esas frases diplomáticas, á propósito para no decir nada; pero no es dudoso que á este despacho acompañaría una nota mas explicita. M. de Metternich nos repitió lo que ya nos habia dicho respecto de los inconvenientes de la guerra; pero se le escaparon algunas palabras acerca de las *aberraciones* de Alejandro, de quien vió alejarnos con alegría como un mensajero de paz; ó nuestro semblante y lenguaje son muy engañosos, ó la perspicacia del archicanciller no es tan grande como se expone. Al volver á nuestra casa, escribimos á M. de Montmorency, en París esta última carta:

Verona, 12 de diciembre de 1822.

«Señor duque:

He tenido esta mañana una conversacion muy larga con el príncipe de Metternich, y otra con S. M. el emperador de Rusia. El primero opina que es conveniente que yo vaya á daros inmediatamente cuenta de ella. En consecuencia, saldré mañana 13, y espero llegar hácia el 20 á París. Por el mismo correo que os lleva este despacho, respondo á dos cartas de M. de Villele. Mi respuesta indica en general la serie de las ideas de que tengo que hablaros.

M. de Caraman os habrá dicho sin duda, señor duque, que los asuntos de Italia han terminado de una manera bastante honrosa para la Francia. Mañana, dia de mi partida, se celebrará la sesion de clausura del congreso, y el lunes próximo, 16, los soberanos y los ministros habrán salido de Verona.

Tengo el honor de recomendar á vuestra bondad los señores de Rauzan y d'Aspremont, y os ruego acepteis con mis felicitaciones por vuestro nuevo título, la seguridad de la alta consideracion con que tengo el honor de ser etc.

CHATEAUBRIAND.»

Salí de Verona el 13, dirigiendo una mirada de tristeza sobre Italia; pero consolándome con la idea de ir á continuar mis *Memorias* á la pálida luz del sol que habia alumbrado las miserias de mi juventud.

## GUERRA DE ESPAÑA EN 1823.

XXXV.

Guerra de España de 1823.—M. de Montmorency presenta su dimision.—Soy nombrado ministro de Negocios Extranjeros.

M. Canning ocupaba en Londres el puesto que habia dejado vacante la muerte de Londonderry.—Jorge IV, apremiado por lord Liverpool, habia admitido á M. Canning en su consejo, á pesar de su repugnancia muy natural hácia el defensor y amigo de la reina. En el camino de Verona á París, mi naturaleza habia experimentado un cambio, y purificando mi espíritu de la política, me halagaba la idea de regresar á Londres á hacer el viaje de los tres reinos, para volver á entrar en mi vida interior y abismarme en la soledad de mis recuerdos. Mi existencia de escenas y de mudanzas de decoraciones, está amenazada sin cesar por el silbido del pito que me traslada de un palacio á un desierto, y del gabinete de los reyes al desvan del poeta.

El duque de Wellington, que nos habia tomado la delantera, se hallaba detenido en París, y habia conseguido de M. de Villele que se despachase un correo á los aliados, para invitarles á retardar la comunicacion de las instrucciones enviadas á sus encargados de negocios en Madrid. Al mismo tiempo S. G. propuso al gobierno de Luis XVIII, la mediacion de la Inglaterra. Esta mediacion fue rechazada, porque no ofrecia ningun remedio al mal de la Francia. No obstante, en un *memorandum* del gabinete de San James, por lord Fitz-Roy-Sommerset, fechado en Londres el 6 de enero de 1823, se encarga á Su Señoría que insista en España acerca de algunos cambios que deben hacerse en la constitucion.

El duque de Montmorency entregó al de Wellington el 26 de diciembre de 1823, una excelente nota, en que le explica los motivos de no aceptar la mediacion; este es el último acto del ministerio de M. de Montmorency.

La razon oficial de la dimision de este, es todavía un misterio. ¿Había M. de Montmorency contraido en Verona compromisos que M. de Villele no creyó oportuno realizar? ¿Quería, en caso de guerra, la cooperacion inmediata y material de los aliados? No lo creemos; lo atribuimos mas bien á la incompatibilidad de los caracteres. M. de Montmorency conservaba el recuerdo de la manera con que M. de Villele habia entrado en la presidencia del consejo; tanto mas, cuanto que M. de Mathieu, en el momento de salir para Viena, habia sabido por S. M. que si habia dado esta presidencia, no habia entregado su puesto, sino que lo habia retenido por el convencimiento de la utilidad de sus servicios. M. de Montmorency no carecia de ambicion, pasion legitima en un personaje de su nombre y su mérito; tenia talento é instruccion, y como educado en la gran escuela de donde salió Mirabeau, su lenguaje era natural y persuasivo, y se creia oír la voz de sus buenas acciones. Noble y tranquilo

en la tribuna, pertenecía á una especie que no se altera, y que, obligada únicamente á cambiar de grandeza, habia ido desde los reyes hasta Dios. Si hablaba con la autoridad de la fe del condestable, sus convicciones religiosas se templaban por la dulzura de su carácter y su benevolencia. Su semblante era pálido y sereno; aun no se habia borrado cierta hermosura juvenil; de su frente semi-calva, y una imaginacion bondadosa y viva, derramaba sobre sus graves contornos la gracia de la sonrisa. Conservaba ilustres amigos, cuyas opiniones impugnaba con una austeridad tolerante que aumentaba el afecto por la estimacion. Conociase que en el momento del gran sacrificio hubiera podido escribir á sus amigos, como Enrique II, duque de Montmorency: «Mi querido corazón: os doy el último adiós con el mismo cariño que ha reinado siempre entre nosotros.»

M. de Villele y M. de Montmorency, colocados á tanta altura y tan discordes entre sí, no podían marchar mucho tiempo juntos, y un pretexto bastó para separarlos. Asegúrase que se pusieron en desacuerdo acerca de la cuestion de la llamada inmediata de M. de Lagasele. Lo que en esto hay de extraño, es que el dia mismo en que se tuvo noticia de la dimision del duque de Mathieu, se tuvo tambien conocimiento del despacho de M. de Villele, en el que se expresa acerca del gobierno de las cortes, como hubieran podido hacerlo el Austria, la Prusia y la Rusia. M. de Montmorency se alejó, y su separacion fue sentida por todos los hombres de bien de Europa.

Habiendo salido de Verona el 13 de diciembre de 1822, llegué á París el 17, y me apresuré á dar cuenta á M. de Villele de mi última conversacion con el príncipe de Metternich, de la escasa inclinacion de este hácia la guerra, y de su deseo de ver al gabinete de las Tullerías adoptar medidas pacíficas, así por el temor que le inspiraban nuestras victorias, como por el que tenia de un movimiento de la Rusia. Hallé á M. de Villele en extremo dispuesto á mi favor y muy satisfecho de mi correspondencia, pero lleno de inquietud respecto de su posicion.

M. de Polignac vino á verme, y me advirtió que existía una division entre el ministro de Negocios Extranjeros y el presidente del consejo. Yo le declaré que mi suerte estaba unida á la de M. de Villele, desde que habia arreglado el asunto de su primer ministerio como él (M. de Polignac) lo sabia, y como lo atestiguaban las gracias dadas por M. de Richelieu, consignadas en una carta que aun poseo, y que desde aquel momento habia hallado siempre leal á M. de Villele. M. de Polignac me habló de mis trabajos en Verona, de las pretensiones que yo podia abrigar, y de los rumores que habian corrido de un disentiimiento entre el duque de Montmorency y yo; le respondi que tan lejos estaba de ambicionar el puesto del noble duque, y de querer permanecer en Francia para exasperar los partidos, que sin pérdida de tiempo iba á trasladarme á Londres.